

# *La nación dividida. El nacionalismo vasco moderado frente al radical, 1977-1998.<sup>1</sup>*

**Manuel Montero**

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Fecha de aceptación definitiva: 13 de junio de 2014

**Resumen:** Las tensiones entre nacionalismo moderado y radical condicionan la política vasca. Durante la transición el PNV rechazó a la izquierda nacionalista, pero sostuvo que formaban parte de su misma familia política. Entre 1980 y 1988 la escisión fue completa. Después, las repulsas se suavizaron y volvió la idea de la unidad de intereses nacionales. El nuevo criterio condujo al Pacto de Lizarra (1998).

Estos cambios se explican por los sucesivos objetivos políticos del PNV. Entre 1977 y 1988 su prioridad fue formar la autonomía. Atacada por ETA/HB, se produjo entonces la escisión nacionalista. Cuando en la siguiente década buscó superar el Estatuto, el “nacionalismo moderado” se radicalizó y asumió conceptos de la izquierda nacionalista.

**Palabras clave:** Nacionalismo vasco, PNV, izquierda nacionalista, terrorismo, nacionalismo radical.

**Abstract:** Tensions between moderate and radical nationalism have had a significant effect on Basque politics. During the Spanish transition to democracy the PNV rejected left-wing nationalism whilst at the same time maintaining that it had a broadly similar political philosophy. Notably, from 1980 to 1988 a marked rift developed. Nevertheless, following this, relations improved because of a resurgence of the importance of unity in the national interest. This common goal led to the signing of the Pact of Lizarra (1988).

These changes may be explained by the changing political objectives of the PNV. From 1977 to 1988 the main aim was autonomy. However, overshadowed by ETA/HB, a division in nationalism occurred. In the following decade when the aim changed to overthrowing the statute, then ‘moderate nationalism’ became more radical, similar in many ways to left-wing nationalism.

**Key words:** Basque nationalism, PNV, left-wing nationalism, terrorism, radical nationalism.

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del proyecto de investigación subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación HAR2010-18033.

A fines del franquismo se confirmó en el nacionalismo vasco un cambio histórico. Se había fragmentado en dos grandes corrientes: la moderada, representada por el PNV, el partido histórico del nacionalismo; y un ámbito radical, sin unidad organizativa pero con la hegemonía de ETA. Ninguna de las escisiones nacionalistas anteriores había cuestionado la hegemonía del PNV con tanta intensidad. El nacionalismo radical se movía en parámetros propios y adquiriría consistencia política. Durante la transición se confirmó esta nueva estructura. Las siguientes décadas subsistió tal segmentación, que condicionó la política en el País Vasco. La tensión entre ambos nacionalismos implica una lucha por la hegemonía dentro de la comunidad nacionalista. Tiene también gran calado social, pues nacionalismo moderado y radical compiten en similares ámbitos sociales.

Para comprender la evolución política vasca desde la transición resulta necesario analizar este antagonismo, la secuencia siguió y sus puntos de fricción. Este artículo lo estudiará tomando como hilo conductor la visión del nacionalismo moderado, el movimiento hegemónico en el País Vasco. El punto de referencia serán las posiciones doctrinales, sin entrar en la evolución institucional de los dos sectores nacionalistas, cuyas líneas generales son bien conocidas<sup>2</sup>.

Para el PNV, las principales contradicciones del periodo han sido la tensión entre Euskadi y España y el antagonismo entre nacionalistas y no nacionalistas. Tal esquema enlaza con su visión de la historia vasca, cuyo núcleo argumental es la lucha de los vascos por su libertad, cercenada por España. Lo sucedido desde fines del franquismo sería una suerte de concreción coyuntural de este leit motiv. La tensión nacionalistas-no nacionalistas resulta, en esta versión, una constante histórica que se impone sobre cualquier otra. Por eso el nacionalismo moderado no suele poner en el primer plano sus tensiones con el radical, pese a la notable agresividad que a veces le ha llegado de tal ámbito. Sería, desde esta perspectiva, un problema interno del pueblo vasco, de índole distinta a la incompatibilidad de éste con España, o entre la comunidad nacionalista y los elementos que la socavan en Euskadi. Aún así, para el PNV esta escisión tiene importancia por reflejar divisiones en el pueblo vasco, en la nación de la que se consideran principal representante.

Las tensiones entre ambos nacionalismos presentan algunas peculiaridades derivadas de su conformación doctrinal. En primer lugar, no se articulan ideológicamente de forma nítida. Ambos sectores aseguran compartir determinadas nociones básicas. Las posturas del PNV se presentan siempre como radicales –en

<sup>2</sup> Entre la amplia bibliografía con la que cuenta hoy el nacionalismo vasco, cabe citar, para sus distintas vertientes, GRANJA SAINZ, J. L.: *El siglo de Euskadi: el nacionalismo vasco en la España del siglo XX*, Tecnos, Madrid, 2003; MATA LÓPEZ, J. M.: *El nacionalismo vasco radical. Discurso, organización y expresiones*, Servicio Editorial UPV/EHU, Bilbao, 1993; FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, G.: *Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, Tecnos, Madrid, 2013.

conceptos básicos como “pueblo vasco”, oposición a España, o “identidad propia”, sin que haya (al menos oficialmente) una doctrina moderada, no independentista. Su moderación se identifica con pragmatismo, pero carece de una defensa ideológica. Suele justificarla como realismo o conveniencia táctica, pero por lo común a la contra.

De otro lado, la existencia de dos corrientes interfiere en un concepto que juega un papel legitimador en el discurso nacionalista, el de “pueblo vasco”, convertido en el gran protagonista de la política. Su sublimación, omnipresente, evoca un colectivo dotado de personalidad propia, al modo de un individuo: con unidad de voluntad e intereses generales bien definidos. Este esquema queda en cuestión cuando doctrinas nacionalistas enfrentadas hablan en nombre del pueblo vasco.

Estas tensiones nacionalistas presentan algunas peculiaridades, al no formularse por lo común como alternativas ideológicas de fondo. El debate no versa sobre las nociones últimas, que dicen compartir, ni en sí mismo sobre la validez de las propuestas propias. Adopta una formulación indirecta, en la que se afirma la adecuación a los intereses vascos. Por ejemplo: con frecuencia el PNV exponía su oposición a la violencia no como fruto de su elaboración, sino asegurando que “el pueblo vasco quiere la paz”<sup>3</sup>. Fórmulas similares se emplearían para sostener la autonomía<sup>4</sup> o para defender avances en el soberanismo<sup>5</sup>. “*El pueblo vasco quiere*”, “*el pueblo vasco no desea*”, “*el pueblo vasco ha decidido*”: en las cuestiones clave la argumentación del PNV apela al genérico “pueblo vasco”, del que se presenta como intérprete. Se ha observado que “la religión del MLNV tiene como objeto de culto al pueblo vasco”<sup>6</sup>, pero la sublimación del concepto se produce en todo el nacionalismo.

Lo que suele llamarse ambigüedad del PNV implica la convivencia interna de la moderación y la ortodoxia, con periodos en los que puede el pragmatismo y

<sup>3</sup> Euzkadi Buru Batzar (EBB) del Partido Nacionalista Vasco (PNV): *Comunicado ante el Aberri Eguna. Mensaje del lehendakari*, 1983. Entre otros ejemplos de la argumentación indirecta y sublimadora: “El Partido Nacionalista Vasco erguirá su cabeza el próximo día 28, entendiendo que el pueblo vasco no desea que la muerte se adueñe de la calle”. PNV: *Carta abierta a quienes desean una Euskadi libre y en paz*, octubre 1978.

<sup>4</sup> La opción del PNV por el Estatuto de Autonomía se justificaba en los siguientes términos, en una argumentación dirigida al nacionalismo radical: “El pueblo vasco ha decidido mantener y desarrollar su propio ser, defender su cultura, y en particular su idioma, y trabajar sin descanso por un proyecto de sociedad vasca más próspera y más justa”. *Mensaje de fin de año del presidente del Consejo General Vasco [Carlos Garaikoetxea]*, diciembre de 1979.

<sup>5</sup> Por ejemplo, “el Pueblo Vasco se percibe a sí mismo como una sociedad con una identidad singular y diferenciada que debe tener, por tanto un reconocimiento diferencial en el Estado español”. *Un punto de encuentro para convivir*. Conferencia del lehendakari [Juan José Ibarretxe]. Club Siglo XXI, Madrid, 23 de marzo de 2000.

<sup>6</sup> Vid. SÁEZ DE LA FUENTE ALDAMA, I.: *El Movimiento de Liberación Nacional Vasco, una religión de sustitución*, Editorial Desclée de Brouwer, Bilbao, 2002.

otros que han de considerarse radicales<sup>7</sup>. Esta constante histórica ha continuado desde la transición. Ahora bien, en esta etapa tal dinámica interna se produce en condiciones específicas, por la existencia permanente de una opción radical, con sus propias definiciones de la ortodoxia. ¿La radicalización del PNV, cuando se produce en esta fase, está condicionada por los planteamientos formulados desde este ámbito? ¿La motiva la tensión con la izquierda abertzale? El análisis de sus posicionamientos nos aproxima a estas cuestiones, cruciales en la evolución del nacionalismo.

### *El punto de partida: intereses generales y de grupo en el pueblo vasco*

Cuando el PNV puso al día sus planteamientos, en vísperas de la transición, mencionaba a los nacionalistas que estaban fuera de su esfera. Reconocía la existencia de otros grupos “vascos” —esto es, nacionalistas—, pero a su juicio se inspiraban “en intereses minoritarios” o “en ideologías dogmáticas”; y trataban de “vincular el interés del pueblo vasco a una clase concreta”. Eran posiciones legítimas, pero no buscaban los intereses generales del pueblo vasco. Esta fue la primera visión del PNV sobre la división nacionalista.

Aseguraba que el interés inminente del pueblo vasco —y por tanto concernía a todos los nacionalistas— era lograr “un poder político propio”, que identificó con la autonomía. Como primer paso planteó un “frente autonómico”, en el que participarían grupos diversos<sup>8</sup>, pero distinguía entre “las fuerzas de obediencia vasca”, nacionalistas, y las que no lo eran, las “de obediencia no vasca”. Sus “relaciones preferentes” serían “con las fuerzas nacionales vascas”.

Unos nacionalistas sostenían ideologías de clase, otros los intereses generales del pueblo vasco, entendía el PNV. De momento, no se atisbaban fisuras serias en la comunidad nacionalista, al tiempo que subyacía la armonía de todos los antifranquistas<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Es el planteamiento que se desarrolla, por ejemplo, en PABLO, S. de y MEES, L.: *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco (1895-2005)*, Crítica, Barcelona, 2005.

<sup>8</sup> El “frente autonómico” lo formaría “el concierto de las fuerzas democráticas en Euzkadi peninsular”, aludiendo genéricamente a los movimientos antifranquistas. EUZKO ALDERDI JELTZALEA. PARTIDO NACIONALISTA VASCO: *Planteamientos político, socioeconómico y cultural*, Editorial GEU, Bilbao 1977, pp. 55-56.

<sup>9</sup> Para que el PNV colaborase con “fuerzas de obediencia no vasca” no bastaba la oposición al franquismo. Además, deberían cumplir algunas condiciones: tener arraigo en Euzkadi, autonomía local y una Asamblea y Ejecutivas propias en el País Vasco (con una estructura orgánica que incluyese a Navarra). Debían de organizarse, por tanto, al modo nacionalista.

<sup>10</sup> Por entonces estos partidos —fundamentalmente PSOE y PCE— incluían en sus programas la autodeterminación y su discurso compartía buena parte de los conceptos nacionalistas. Para un análisis de la cuestión, QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO, A.: *Amistades peligrosas. La izquierda y los nacionalismos catalanes y vascos (1975-2008)*, *Historia y política*, nº 20, Madrid, julio-diciembre (2008), pp. 97-127.

### ***La transición. Repudio y proximidad nacional***

Los años 1977-1980 constituyeron en el País Vasco un periodo homogéneo, entre las primeras elecciones democráticas, junio de 1977, y la del Parlamento Vasco en marzo de 1980. En la primavera del 77 el PNV había formulado un objetivo, el logro de “un poder político propio”, que implicaba una autonomía cuya estructura de poder estuviese en manos nacionalistas. Lo consiguió al ganar las primeras elecciones autonómicas. Durante esta fase el PNV tuvo la hegemonía en el nacionalismo y en el País Vasco, incluso cuando los resultados electorales (1977) no le dieron una neta mayoría.

Fueron años tensos, por el embate del terrorismo, la consolidación del radicalismo antisistema y los frecuentes enfrentamientos políticos y callejeros. Se afrontaron cuestiones cruciales, tales como la Constitución y el Estatuto de Autonomía.

Por entonces se institucionalizó la escisión del nacionalismo. El radical continuó bajo la dirección de ETA, que de fuerza animadora de la resistencia antifranquista pasó a alma mater del “Proyecto de Construcción Nacional”<sup>11</sup>. Impulsó la estructura del MLNV (Movimiento de Liberación Nacional Vasco), con HB (Herri Batasuna) como partido político. Contaba con un programa, la alternativa KAS, y diversas organizaciones, incluidas las sindicales, culturales o de apoyo a los presos. En el nacionalismo nunca había existido al margen del PNV una estructura tan desarrollada, que se configuraba como un sistema político alternativo<sup>12</sup>. Este conglomerado desarrolló una extraordinaria agresividad contra la democracia, que tildaba de continuidad del franquismo. El terrorismo atacó fundamentalmente a las fuerzas de orden público, a quienes tildaba de franquistas (“enemigos del pueblo vasco”) y a lo que llamaba aparatos del Estado. La presencia social del terrorismo adoptaba por entonces una forma peculiar: ETA –con frecuentes comunicados sobre las más variadas circunstancias- aparecía como un interlocutor político más, sin que los partidos democráticos cuestionasen ese papel.

Al terrorismo acompañaron movilizaciones, con la presencia activa de la izquierda abertzale en la calle por motivos diversos (Navarra, amnistía, reivindicaciones antinucleares, etc.). Dirigió la presión contra todo el espectro democrático, aunque fue más acusada hacia los no nacionalistas, sobre todo hacia el centro-derecha. No se libró el PNV del acoso, que le exigía romper con los “españolistas”.

El PNV tuvo que afrontar a una alternativa nacionalista sólida. A ella dedicó parte de sus comunicados. Fue la cuestión que ocupó más espacio en sus mani-

<sup>11</sup> IBARRA, P.: *La evolución estratégica de ETA, 1963-1987*, Kriselu, Donostia, 1989, p. 107.

<sup>12</sup> Tras las elecciones de marzo de 1979 HB era la segunda fuerza política del País Vasco y se veía en ese papel, “un «contrapoder», como la propia coalición abertzale gusta definirse”. «*El PNV acepta un debate con Herri Batasuna sobre el Estatuto*», *El País*, 25-VIII-1979.

fiestos, si bien los problemas constitucionales o estatutarios tuvieron mayor peso político. Su discurso tropezó con una traba específica. Algunas prácticas radicales, nacidas a finales del franquismo, habían pasado a lo que podría llamarse acervo general: la movilización social identificada como la expresión de la voluntad popular, la descalificación como argumento definitivo o la admisión del terrorismo como una práctica política. En aquel ambiente se diluían las normas sociales y afloraban comportamientos agresivos. No los compartían, pero durante la transición no solían discutirlos seriamente los grupos democráticos.

Los principales esfuerzos del PNV se dirigieron a lograr la autonomía en condiciones adecuadas para el nacionalismo. Pero hubo de hacer frente también al mundo radical, que le cuestionaba, interfería en su política y condicionaba la vida del País Vasco. Incluso le disputaba el espacio, pese a que “el campo del nacionalismo vasco radical de 1977, hijo de ETA o ETA todavía, no estaba en absoluto preparado para la Transición”<sup>13</sup>. Las fricciones entre PNV y ETA/HB se multiplicaron. Entre las que pasaron a la discusión pública destacan tres motivos: el terrorismo, la violencia social y la cuestión autonómica.

La crítica al terrorismo (la expresión nacionalista habitual fue “lucha armada”) apareció pronto en el discurso del PNV. A algunos atentados de ETA siguieron comunicados de repulsa. No los recibieron todos, sino aquellos que, se entendía, podían afectar a los avances democráticos, un planteamiento que compartieron otros partidos antifranquistas. Tales condenas solían incluir tres elementos: el repudio ético; el rechazo a todas las violencias, insertando a ETA en un clima general; y el reproche de que dañaba a la causa nacionalista. Por lo común tales condenas se produjeron dentro de la repulsa a “la violencia venga de donde venga”.

Los principales posicionamientos del PNV sobre el terrorismo tuvieron una razón práctica, relacionada con sus objetivos políticos: los atentados ponían en riesgo el acceso a la autonomía, por crear recelos hacia el nacionalismo y porque podían provocar una involución. El terror perjudicaba la “causa vasca”, pues dañaba la imagen de los vascos y dificultaba conquistar un poder político propio, objetivo que el PNV entendía debía compartir todo “el pueblo vasco”.

Este repudio desembocó en una repulsa definida. Fue la manifestación del 28 de octubre de 1978, convocada por el PNV, la primera de carácter masivo contra el terrorismo. Siguiendo la tónica de aquellos años se dirigía contra cualquier violencia política. “La iniciativa del Partido Nacionalista Vasco... ha contenido una condena inequívoca de todos los atentados y agresiones que se vienen produciendo en nuestro país”<sup>14</sup>. Pero nadie cuestionó que esta formulación globaliza-

<sup>13</sup> FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, G.: “El nacionalismo vasco radical ante la transición española”, *Historia Contemporánea*, UPV/EHU, nº 35 35 (2007), pp. 817-844, p. 840.

<sup>14</sup> PNV: *Euzkadi askatu ta baketsu baten alde. El lema de la manifestación sintetiza el sentido de la convocatoria*, Gasteiz, 19-XI-1978.

dora buscaba diluir el rechazo a ETA, el propósito central. La izquierda abertzale mostró su indignación. Las tensiones entre los dos nacionalismos nunca habían alcanzado tal grado.

El PNV tuvo serias dificultades para que sus afiliados entendiesen la convocatoria. Pese al impacto brutal del terrorismo y al llamamiento del PNV a que se acabase, sus bases sentían que compartían con el nacionalismo radical un mismo mundo. Hubo “desorientación de amplios sectores de la militancia”; “inicialmente al menos 72 de las ochenta juntas municipales de Vizcaya se habrían manifestado en contra de la iniciativa tomada por el Euskadi Buru Batzar”<sup>15</sup>. Y eso que distaba de ser una condena taxativa, se refería a violencias de distinto signo y tenía una inequívoca formulación nacionalista, “Por una Euskadi libre y en paz”. Adoptaba la forma de un ruego a grupos sentidos como próximos, “un llamamiento angustioso a los sectores que, a nuestro entender, desde una óptica errónea, creen que la solución a los problemas del País Vasco pasa por el uso de las metralletas”<sup>16</sup>.

La explicación de la dirección del PNV a sus bases da la clave. Según dijo, realizó la convocatoria por las circunstancias políticas que atravesaba el partido. Buscaba asentar sus posiciones de cara a sus objetivos autonómicos, la prioridad absoluta. Quería mostrar que el PNV era un partido *de orden*, que no compartía la radicalización, antes de hacer pública su abstención en el referéndum constitucional. “Este es un momento histórico en el que vamos a afrontar una Constitución, a la que no creo que vayamos a decir que sí, y no queremos que se nos presente a los pueblos de España como la gente que opta por la bomba o el asesinato”<sup>17</sup>. El rechazo a ETA implicaba distancias con el nacionalismo radical, no ruptura –los

<sup>15</sup> «Las bases del PNV, contrarias a la manifestación antiterrorista», *El País*, 14-XI-1978. Según “una personalidad cualificada del partido”, “al final, y después de una amplia explicación, las juntas municipales quedaron «más o menos satisfechas”. Nacionalismo moderado y radical seguían compartiendo esquemas básicos. “Todo ello invita a creer que amplios sectores del partido no han aceptado la propuesta de buen grado”.

<sup>16</sup> «Garaicoechea: “Hemos convocado la manifestación para pedir a ETA que abandone las armas”, *El País*, 12-XI-1978. El titular reflejaba el sentido de la convocatoria contra ETA, pero no el tenor de las declaraciones. Éstas insistían en una violencia generalizada, de la que ETA sería sólo una parte, planteamiento característico del periodo. El llamamiento concluía en una suerte de súplica, no en un rechazo rotundo: “Por eso, nosotros convocamos esta manifestación, para pedirles con todo el alma que se incorporen a la lucha política, que abandonen las armas”.

<sup>17</sup> «Arzallus: “Madrid sólo entiende el lenguaje de la fuerza”, Mítin en Tafalla, *El País*, 14-XII-1978. “Siempre ha habido gente que se ha levantado en Euskadi con las armas para luchar contra la opresión”, pero contra el criterio del PNV. “Repetidamente han intentado confundirnos con la violencia para arrebatararnos credibilidad en un sector de la población, concienciada o no. Por eso, este es el momento más apropiado para convocar una manifestación contra la violencia”. En la misma línea, Garaikoetxea, “Puede resultar esclarecedor para muchos el hecho de que no estando de acuerdo con una Constitución [...], no equivale a radicalidad... El Partido Nacionalista Vasco [...] está inequívocamente del lado de la civilidad y de las vías pacifistas”, entrevista citada arriba.

textos expresan desavenencias -, pero quería mostrar que no cabía confundir al PNV con el radicalismo violento. Que formaba parte del “bloque democrático”, aunque no apoyase la Constitución, con vistas a la inminente negociación del Estatuto: que era un interlocutor válido en los términos del nuevo sistema político.

El rechazo de la violencia tenía calado, pero en aquella ocasión se enmarcó dentro de las necesidades políticas del PNV. El motor de esta convocatoria contra el terrorismo no fue la idea de que era necesario rechazarlo y deslegitimarlo, sino que buscaba diferenciarse del nacionalismo radical antes de anunciar el retraimiento ante la Constitución.

Por otra parte, el PNV rechazaba con rotundidad el “clima de desmoralización” que vivía el País Vasco, a su juicio consecuencia de la violencia social que llegaba del nacionalismo radical. Entendía que podía dañar los valores del pueblo vasco y dificultar la salida a la crisis económica. Lo planteaba como una cuestión crítica, pues ponía en juego su concepción de la nación vasca.

Años de quiebra económica, el PNV tomó conciencia de sus repercusiones socio-políticas. En su argumentario, la responsabilidad de la crisis correspondía a la dictadura y a la inexistencia de un autogobierno vasco, pero influía también la desmoralización social. Esta ruptura respecto a valores tradicionales la achacaba a las prácticas antisistema radicales.

Este argumento pesó durante años y apareció pronto. El PNV constataba “una proliferación de soluciones políticas, [...] algunas de ellas investidas de la radicalidad que aporta la frustración y el escepticismo ante las fórmulas políticas clásicas”<sup>18</sup>. Lo veía como un problema central. “El caos económico [...] puede conducirnos a un proceso de empobrecimiento irreversible”. Entre otros responsables estaban las “actitudes insolidarias o terroristas”; y “quienes olvidan que el trabajo continuado y responsable es factor fundamental y condición imprescindible para la supervivencia de un Pueblo”<sup>19</sup>. El PNV mostraba su preocupación por los valores del otro nacionalismo.

Sin embargo, la mayor crispación se produjo cuando el nacionalismo radical rechazó la Autonomía, que el PNV entendía imprescindible para iniciar la (re)construcción nacional. Estaba en juego el apoyo electoral al Estatuto, pero también la forma en que se concebía la política nacionalista. El PNV enmarcó la postura de HB en los daños que provocaba la presión antisistema. “Lo que no

<sup>18</sup> EBB del PNV: *El EBB ante el 25 de Octubre de 1839*, octubre de 1977. La confusión política, la del ala radical del nacionalismo, tenía consecuencias graves: “Esta proliferación de soluciones y formaciones políticas han conducido a nuestro País a una situación de confusión, enfrentamientos y querellas internas que hoy constituyen uno de nuestros principales problemas”.

<sup>19</sup> *Aralar, comunicado del Euskadi Buru Batzar*, San Miguel de Aralar, 25 de septiembre de 1977. El llamamiento a la responsabilidad laboral y económica se hacía compatible con la sugerencia de que el PNV apostaba con cambios sociales progresistas.



admitirá el Partido Nacionalista Vasco es que nadie juegue con la ruina de este País y aproveche la energía de nuestro movimiento para la consecución de los derechos nacionales de Euskadi, para llevar las aguas a su propio molino, que quizá no está directamente relacionado en los intereses específicos nacionales de Euskadi”<sup>20</sup>. Intereses generales del pueblo vasco frente a intereses de clase o grupo: la distinción originaria seguía presente.

La diatriba fue fuerte: el PNV calificó a HB de “fascistizante”, de forma indirecta –asegurando que no le extrañaba que otros la llamasen así–, y denunciaba su “demagogia”. Cuando HB anunció la abstención en el referéndum estatutario quebraba una imagen del PNV. El Estatuto no sería un logro de la comunidad nacionalista (“el pueblo vasco”), al menos electoralmente, y dependía de los votos no nacionalistas.

HB no sistematizó su crítica al Estatuto. Para el PNV su reproche más serio consistía en que dejaba fuera a Navarra<sup>21</sup>. Por eso se detenía en la cuestión: Navarra no dependía de las voluntades del nacionalismo. “Las cuestiones políticas controvertidas, como por desgracia lo es hoy en Navarra la creación de su Marco Autónomo común, se dilucidan en democracia por mayoría de votos”<sup>22</sup>. Y sostenía que el Estatuto de Gernika era en esto superior al del 36, pues abría la posibilidad de que Navarra se integrase o de que hubiese convenios entre Euskadi y Navarra. Otro argumento: el Estatuto preveía la posibilidad de integrarla, por lo que implícitamente reconocía el derecho de la comunidad vasca a formar una entidad política<sup>23</sup>.

Los demás argumentos, imputaciones genéricas, ocupaban menos atención. Eso sí, el PNV rechazaba contundentemente las acusaciones tópicas de que el estatuto, un “pacto de oligarquías españolas y vascas” (sic), respondía a “los intereses del capital”.

Del mismo modo, el PNV respondió airado a una insinuación. HB había responsabilizado “a los votantes del Estatuto de Gernika” si sufría una

<sup>20</sup> EBB del PNV: *Estamos hartos de la demagogia de HB*, 22 de agosto de 1979.

<sup>21</sup> Para la problemática específica de Navarra, crucial para el nacionalismo, vid. BARAIZAR ETXEBERRIA, Á.: *Extraño federalismo. La vía navarra a la democracia (1973-1982)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004, pp. 353-362. El PNV enunció sus tesis foralistas dentro del reconocimiento de los derechos históricos -que contraponía a la reivindicación de la autodeterminación por HB- y del pacto con la corona.

<sup>22</sup> EBB del PNV: *Estamos hartos...* HB no sólo lamentaba que Navarra quedase fuera de Euskadi. El PNV –cuyas posiciones al respecto eran nítidas- arremetía con particular virulencia contra la insidia “según la cual el Estatuto tiene como proyecto fundamental romper Euskadi y “persigue separar a las Vascongadas de Navarra”, (Egin, 21-VIII-79)”.

<sup>23</sup> De ahí la conclusión respecto a este punto: “el Estatuto de Gernika es menos atentatorio a la integridad Territorial de Euzkadi, por la que lucha el Partido Nacionalista Vasco desde hace casi un siglo, que cualquier otro precedente invocable”.

“persecución”<sup>24</sup>. La insidia engarzaba con un victimismo sorprendente, pues no se conocieron persecuciones de este sentido, aunque sí en el contrario<sup>25</sup>. El PNV lo interpretó como “una sutil y velada coacción”. Anunciaba que si fuese a mayores su reacción sería más enérgica. El PNV no admitiría tal coerción, si afectaba a los suyos o a sus propuestas<sup>26</sup>.

Al margen de histrionismos radicales, el debate de fondo oponía la ortodoxia y la moderación. El PNV no entró a discutir el soberanismo o la autodeterminación. Su discurso defendió el realismo táctico, no sin protestas de mantener sus convicciones. “El Partido Nacionalista Vasco reafirma una vez más la permanencia de sus objetivos nacionalistas, que persigue con el sentido de la responsabilidad y el pragmatismo que en otros sectores, por desgracia, es pura demagogia y testimonialismo”<sup>27</sup>. Responsabilidad pragmática frente a demagogia testimonialista: tales notas les diferenciaban, a juicio del PNV, pero subyacía la idea de que en lo fundamental compartían objetivos.

Las disensiones eran profundas, pero no había ruptura entre los dos nacionalismos, que se sentían parte del mismo mundo. Contra lo que seguramente hubiese sucedido si la abstención al referéndum estatutario fuese de no nacionalistas, no había un rechazo global a los reticentes y sí una contestación argumentada. En esta se reconocían puntos comunes: PNV y HB compartían sensibilidad respecto

<sup>24</sup> La amenaza represora estaba bien asentada en el discurso de HB. En palabras de su portavoz, cuando anunció su “abstención activa” en el referéndum estatutario, “se ha presentado [...] a Herri Batasuna como el gran perdedor, contra el que se iniciará una represión o “caza de brujas”, «*Herri Batasuna propugnará la abstención “activa” en el referéndum del Estatuto vasco*», *El País* 21-VIII-1979.

<sup>25</sup> En este contexto, por ejemplo, una moción de HB en el Ayuntamiento de Lejona solicitaba “ser autorizados a portar armas «para defenderse de posibles atentados fascistas”. Pedían también que el Ayuntamiento contratase una póliza de seguros sobre su vida y propiedades. Resultan reveladoras las respuestas que recibió. El PNV no lo consideró un dislate, sino que alegó que ellos también habían recibido amenazas, pero que había que “asumir los riesgos que implica ser representantes de la voluntad popular”. La indignación corrió a cargo del concejal socialista que hizo ver que “Telesforo Monzón acaba de declarar que la lucha armada proseguirá sea cual fuere el resultado del referéndum sobre el Estatuto”, y que aún así eran los suyos los que pedían que el Ayuntamiento les financiase las armas. La reflexión final del PNV tampoco aclaraba la cuestión, pero a la contra venía a avalar el alarmismo del nacionalismo radical: “no es repartiendo armas como se acabará con la violencia en Euskadi”. «*Derrotada una moción de Herri Batasuna sobre tenencia de armas*». *El País*, 17-XI-1979.

<sup>26</sup> Según crónicas periodísticas, hasta entonces los enfrentamientos entre PNV y HB habían sido “de carácter leve y anecdótico, e incluso habían observado una “política de no agresión directa” durante la anterior campaña electoral. El Estatuto venía a abrir las hostilidades, tras tacharlo HB de pacto entre oligarquías, y acusarlo de no reconocer la soberanía vasca, negar el derecho a la autodeterminación y segregar definitivamente a Navarra. Las comparación del PNV con Espartero o el calificativo de “Estatuto o abrazo de la Moncloa”, expresiones de gran carga simbólica en el nacionalismo, confirmaban la hondura de las disensiones. «*El PNV acepta un debate con Herri Batasuna sobre el Estatuto*», *El País*, 25-VIII-1979.

<sup>27</sup> EBB del PNV: *El Partido Nacionalista Vasco ante la nueva etapa autonómica*, octubre de 1979, tras la aprobación por referéndum del Estatuto de Autonomía.

a Navarra, aunque discrepasen en la práctica. El PNV entendía el desarrollo del autogobierno como una labor colectiva del nacionalismo, bien que escalonada. Era “una tarea que [...] nos va a llevar años desarrollar; factor este que tenemos en cuenta quienes deseamos profundizar progresivamente en el autogobierno de nuestro pueblo”. El PNV estaba harto de la demagogia de HB, pero los dos formaban parte de la misma comunidad.

### ***Construcción de la autonomía y ruptura de la comunidad nacionalista, 1980-1987/88***

Entre 1980 y 1987 el PNV gobernó en solitario la autonomía vasca, que echaba a andar<sup>28</sup>. Es un periodo homogéneo, que cerró el Pacto de Ajuria Enea a comienzos de 1988.

El PNV renovó su objetivo. Ya no era la conquista de un poder político propio sino la “consolidación del autogobierno”, identificado con la construcción nacionalista de la autonomía. La insertó “en el largo y penoso camino hacia la recuperación de las libertades de su pueblo”, pero centró su discurso en los problemas concretos del desarrollo estatutario. Rebajó el tono reivindicativo que había dominado su discurso. No faltó la tensión, pero en general perdió su carácter agónico y se centró en las reticencias respecto a las transferencias, que simbolizó en la LOAPA. En sus planteamientos influyeron también los problemas internos que desembocaron en la escisión de EA y el impacto del terrorismo, que entre 1980 y 1982 alcanzó su mayor actividad.

El nacionalismo radical ocupó un lugar destacado en el discurso del PNV, pero hubo cambios sustanciales. Apenas se encuentra la idea de que compartían el mismo *pueblo vasco*. En los años anteriores el PNV había entendido que el nacionalismo radical (y, sobre todo, ETA) ponía en riesgo el acceso a la autonomía, pero que *la lucha armada* –condenable pero explicable– evidenciaba la necesidad de un amplio autogobierno. En el nuevo periodo no le otorgó ningún papel a la contra de este tipo. Interpretó que el terrorismo y su entorno atacaban la construcción autonómica. La condena al nacionalismo radical fue categórica, sin explicaciones que comprendieran la génesis del terrorismo.

El desarrollo autonómico tuvo el apoyo de los no nacionalistas. El discurso del PNV destacó al terrorismo y la violencia antisistema como los obstáculos para la autonomía y la vida normalizada de Euskadi, imprescindible en su proyecto político. No lo presentó como una pugna entre dos visiones nacionalistas, sino como la agresión radical contra una sociedad que en su gran mayoría quería vivir dentro de la normalidad democrática. Las acciones de ETA y las de la izquierda

<sup>28</sup> Para el desarrollo nacionalista de la autonomía vasca, vid. UGARTE TELLERÍA, J.: «*Gobernando con el estatuto de Guernica. Euskadi, 1979-2008*», en L. Castells Arteche, y E. Cajal Valero, (eds.), *La autonomía vasca en la España contemporánea (1808-2008)*, Marcial Pons, Madrid, 2009, pp. 345-388.

abertzale tuvieron sus referencias específicas, pero interrelacionadas, como dos caras de la misma moneda.

Durante estos años el PNV rechazó a la izquierda abertzale sin concesiones ni indulgencias por su carácter nacionalista. Se refirió al MLNV como un mundo compacto, asociado a la violencia y al terrorismo, sin grandes distinguos entre ambas esferas ni concederle apenas dimensiones nacionalistas. Cuestionó sobre todo sus efectos sociales. Además, incluyó críticas políticas. En conjunto, cuando se ponía en marcha el Estatuto, el alejamiento entre nacionalismo moderado y radical fue completo, a juzgar por las expresiones del PNV.

“Nosotros los nacionalistas, denunciarnos a los violentos que han sembrado sistemáticamente odio y venganza en este pueblo”<sup>29</sup>. Esta antítesis, “nacionalistas”/ violentos” sacaba del ámbito nacionalista al MLNV. Lo repudiaba por sus efectos nocivos en la sociedad vasca. “Denunciamos a quienes lo están degradando con el tiro en la nuca, con la extorsión, con el secuestro, con la tortura, con el terror y con la prepotencia que les da las armas”. Odio, venganza, degradación: los calificativos eran rotundos.

El radicalismo nacionalista traía al País Vasco actitudes antidemocráticas. “En el fondo de estas actitudes se halla siempre, aunque sea en germen, el fanatismo, la intolerancia y el fascismo, que constituyen la negación del concepto mismo de libertad”. Miedos, hastío, chantajes, algaradas, intereses mafiosos, coacciones pseudosindicales... fueron términos habituales en los comunicados del PNV, que describían una sociedad en una situación extrema<sup>30</sup>.

La violencia provoca el desánimo colectivo, decía el PNV. Esta idea, de la transición, adquiriría ahora más enjundia. Se estaba desvitalizando la sociedad vasca, aseguraba, y creando unas condiciones de convivencia durísimas. Era grave en aquella coyuntura, cuando el PNV identificaba la construcción de la autonomía con la recuperación del pueblo vasco. “La desvitalización de nuestra sociedad, la desdinamización del impulso creativo, del sentido del riesgo”<sup>31</sup> trastocaba su imaginario de los vascos, dinámicos y emprendedores. Atribuía el desplome de los valores tradicionales a motivos diversos, entre ellos la tendencia a la seguridad y la funcionarización, pero contribuía la presión violenta, “desde comandos armados a comités de empresa controlados por pseudo-grupos sindicales, desde el

<sup>29</sup> EBB del PNV: *Declaración del Aberrri Eguna*, 1981.

<sup>30</sup> Tras referirse a las escisiones que se habían producido en ETA, el PNV aseguraba: “de tal modo que ni siquiera los amedrentados que optan por ceder secretamente al chantaje económico, saben a quién pagar; ni siquiera saben si resulta práctico pagar para salvarse del miedo... y van creando intereses mafiosos de parásitos, de abogados e intermediarios, de “blanqueadores de dinero” que alimentan a su vez la espiral de la violencia”. EBB del PNV: *Declaración del Aberrri Eguna*, 1983.

<sup>31</sup> *Ibidem*. El contramodelo, en la idealización del PNV, era el siguiente “*Si algo ha caracterizado al vasco ha sido el ser un “rompe-mares”, un apostador, un trabajador*”.

“Lemóniz apurtu” hasta la bombas a los Bancos, desde el secuestro e intimidación a empresarios”.

Se cernía la ruina moral y material, por la acción terrorista y por las huelgas y algaradas, a las que atribuía una intención desestabilizadora. Estaban los piquetes violentos, las cartas amenazadoras, el radicalismo ideológico o la paralización por el miedo... Se vivía, aseguró el PNV, una situación parecida a la de una guerra. “Hay de por medio sangre, odio, cárcel, familias atemorizadas y angustiadas. Todo un entorno social que vive una tensión cuasi-bélica”<sup>32</sup>.

Y estaban cambiando los valores y comportamientos. “Hemos llegado a tal justificación de la violencia, que cualquiera que se siente lesionado en su derecho o en sus ideas se cree legitimado para empuñar un arma”. La “normalidad” de la violencia aparecía como la gran lacra de la sociedad vasca. Era el desarrollo de una idea del periodo anterior: los radicales contribuían a la paralización económica. La crisis tenía causas internacionales, pero el PNV pasaba a un primer plano el acoso violento, que agravaba la quiebra. Desaparecían, en general, las acusaciones al Gobierno como causa de los apuros económicos, mientras el reproche al ámbito radical era constante.

En su debe incluía el acoso a los empresarios, que ocasionaba su retracción, y a determinadas presiones sindicales. El mundo económico se teñía de actuaciones violentas, chantajes, intimidaciones... Ahuyentan al capital, destruyen empresas, aseguraba el PNV. ETA tiene responsabilidad “si no en el origen de la penosa situación económica de Euzkadi, sí en el efecto disuasorio de inversiones interiores y exteriores, en el desánimo del empresariado, en la fuga de personas y de capitales, y hasta en el envalentonamiento de grupos pseudo-sindicales”<sup>33</sup>. Otra consecuencia grave de la presencia del nacionalismo radical: influía en la juventud, comprometiendo el futuro de Euzkadi. “La juventud vasca [...] corre el peligro de oscilar entre la radicalización y el pasotismo [...] y, sin embargo, de ella depende el futuro de este pueblo vasco”<sup>34</sup>.

Los perniciosos efectos de la violencia social y del terrorismo eran juzgados de forma terminante. En esta coyuntura, además, el PNV criticaba sin ambages las concepciones políticas del nacionalismo radical. Una minoría pretendía imponerse con la violencia sobre la sociedad. “Las minorías que ejercen la violencia no pueden pretender imponer, con la sangre y el terror, su voluntad a la mayoría de este pueblo”, que había optado por los cauces democráticos. El voto mayoritario refutaba la pretensión radical de representar la autenticidad popular.

<sup>32</sup> EBB del PNV: *Declaración del Aberri Eguna*, 1988.

<sup>33</sup> *Ibidem*. Tales grupos sindicales eran “responsables del hundimiento de numerosas empresas y del deterioro del clima laboral”, a juicio del PNV.

<sup>34</sup> EBB del PNV: *Declaración Aberri Eguna*, 1981. Concluía: “Son tiempos éstos en los que la expresión del amor a nuestro pueblo no pasa por los gritos ni por la goma-2”.

Rechazaba por antidemocrático lo que pudiera venir de la violencia. “No hay libertad, no hay Patria que justifique el tiro en la nuca, la tortura, el secuestro o la intimidación individual o colectiva”. No cabía un futuro levantado sobre el terror. Y estaba la contradicción de una lucha que se decía liberadora y se basaba en la exclusión. “Hay también entre nosotros minorías activas [...] que luchan por la vida con la muerte y por la libertad con la intolerancia”<sup>35</sup>. El radicalismo abertzale quedaba así en las antípodas doctrinales del PNV: la violencia bastaba para rechazarlo por completo. “Un pueblo tiene medios más dignos y más eficaces para conseguir su libertad que el tiro en la nuca, si realmente el pueblo quiere ser libre”.

Y sobraban en una democracia. “Carece de sentido defender el derecho con las armas en la mano en una democracia internacionalmente aceptada”<sup>36</sup>. La conclusión era obvia: sólo quedaba la vía democrática. “En democracia, las únicas armas, no ya válidas sino eficaces, son las democráticas: la palabra, la persuasión, la propagación de las ideas y el voto popular”. El PNV hablaba de la democracia como expresión de la voluntad popular. Venía a compartir así los ejes de la democracia constitucional, ya que no la Constitución. La democracia no era una opción forzada, sino la única legítima. También la única efectiva para el desarrollo nacional, un argumento que se dirigía en especial a los nacionalistas que podían ver sugestiva “la lucha armada”.

El PNV discrepaba con los objetivos últimos, sin que contase la eventual sintonía nacionalista. La izquierda abertzale quedaba asociada a los planteamientos antisistema. “No queremos una Euzkadi fraguada por una minoría violenta y coactiva”. Estaba en juego un modelo de país, y hasta de liberación nacional, y la divergencia era completa, sin que se atisbase ninguna colaboración posible.

Aunque lo integraba en las actuaciones del MLNV, ETA tuvo su propio desarrollo argumental en el discurso del PNV. La repudió de forma reiterada. En los principales manifiestos –no en los comunicados que seguían a un atentado– la condena solía ser genérica y de carácter moral, por degradar a la sociedad o por su cerrazón política. “ETA militar persiste en su ciego camino de “el que no está conmigo está contra mí”, saboteando cualquier vía de solución que no

<sup>35</sup> EBB del PNV: *Declaración Aberri Eguna*, 1984.

<sup>36</sup> EBB: “*Aberri Eguna 1985. Euzkadi Buru Batzarraren agiria*”. La incapacidad política del terrorismo en una democracia quedaba expuesta de forma nítida. “El mundo que nos rodea ni siquiera entra a considerar las razones de quien esgrime la metralleta o la bomba. La denominación de terrorismo descalifica sin más a quienes las usan, independientemente de los derechos que puedan asistirles. Y en muy pocos años será realidad en toda la Comunidad Europea el llamado ámbito judicial por el que cualquier juez atenderá la requisitoria de cualquiera de sus colegas sin necesidad de procedimientos de extradición o atención a cartas de refugiado o derecho de asilo”. En cierto sentido, reformulaba así su argumento tradicional por el que no cabía la vía violenta debido a las reducidas dimensiones del pueblo vasco frente a Francia y España.

sea su propia alternativa”<sup>37</sup>. Eso sí, destacaba un aspecto del terrorismo. Prestó la mayor atención al que sufrían los empresarios, por sus efectos demoledores en la economía. Ponían en riesgo la reconstrucción productiva que asociaba a la autonomía.

Por contra, no prestó una atención específica a los ataques a las fuerzas de orden público y fuerzas armadas, aquellos años los principales objetivos de ETA, excepto en cuanto los vio como una amenaza desestabilizadora. No cambia esta imagen una solemne declaración, por la que policías y guardias civiles serían considerados funcionarios del Gobierno Vasco. Tiene interés por reflejar la mentalidad con que se afrontaba el terrorismo, aunque no dejó secuelas en el discurso del PNV.

Se formaba la autonomía y “en este período transitorio y hasta su gradual sustitución, todos sus miembros [de las actuales FOP] serán funcionarios del Estado al servicio y bajo el control y la protección del Gobierno autónomo”<sup>38</sup>. ¿En este imaginario el ámbito contra el que atentaba ETA estaba bien delimitado, fuera de la comunidad nacionalista? Así, bastaría “cobijar” cualquier objetivo para que dejase de serlo. Este esquema era ilusorio, pero sugiere la percepción política de una lucha armada nacionalista. Hubo otra disonancia en el tratamiento del terrorismo por el PNV: en las principales declaraciones tampoco tuvieron una respuesta propia las coacciones y atentados a los no nacionalistas, aunque sí los enfrentamientos de ETA con el PNV, el Gobierno vasco y las instituciones autonómicas.

La imagen es nítida. En estos años pocas veces el PNV se refirió al MLNV como miembro de la misma familia nacionalista, sino como una minoría violenta y coactiva, dispuesta a imponerse a la mayoría. En el juego de contrarios del discurso nacionalista se usaba el binomio que oponía radicalismo, minoritario y antisistema, frente al conjunto de la sociedad vasca, alineada en torno a la autonomía y la democracia.

El PNV no solía entender este ámbito como una expresión nacionalista, a no ser alguna llamada “a los sectores sinceramente nacionalistas que siguen creyendo en este montaje subversivo que está acarreado la ruina de Euzkadi”. En este esquema la subversión era conceptualmente ajena al nacionalismo, que podía ser banderín de enganche, pero no su principal nota ideológica. Según el PNV, utilizaban “el nacionalismo del pueblo vasco” para introducir teorías revolucionarias.

<sup>37</sup> EBB del PNV: *Comunicado del Aberri Eguna*, 1983. Por entonces ETA tenía secuestrado a Jesús Guibert. Al condenar el secuestro introducía un matiz: “Mientras farisaicamente rechazan el enfrentamiento entre vascos, hace tiempo comenzaron ellos mismos la agresión contra vascos”. Estaban atacando al pueblo vasco, con consecuencia. La referencia a una escisión civil no se había dado en otras ocasiones, cuando el afectado por el terror no era nacionalista.

<sup>38</sup> EBB del PNV: *El Partido Nacionalista Vasco ante la nueva etapa autonómica*, 1979. Tal “protección” se realizaría “por amargos que sean los recuerdos de épocas pasadas y los prejuicios que susciten las actuales FOP en amplios sectores de la sociedad vasca”.

“No está dispuesto a permitir que el problema vasco se convierta en caballo de Troya de intereses revolucionarios o expansionistas”. Localizaba doctrinas foráneas (marxismo-leninismo, tercermundismo, etc.), pero su crítica no se basaba tanto en este carácter exógeno como en sus intenciones revolucionarias. Eran los maximalismos del todo o nada. “Juegan a la locura del ave fénix que promete una brillante resurrección de las cenizas de la destrucción política, económica y moral de este pueblo”, un “infantilismo revolucionario”. Buscaban crear “condiciones revolucionarias” para imponer soluciones drásticas. El esquema no asocia el radicalismo al nacionalismo exacerbado sino a la revolución.

En las contadas veces que el PNV contempló la posibilidad de compartir algunos fines, dejó claro que “si un pueblo quiere ser libre” existían otros medios: frente a la violencia, las vías democráticas, basadas en la concienciación, el compromiso y la propagación de ideas nacionalistas.

Hubo pues una gran distancia entre los dos mundos. El nacionalismo moderado cuestionaba todos los aspectos que definían a la izquierda abertzale. Con todo, algunas discordancias esporádicas -por ejemplo, la asimetría con que abordaba al terrorismo- sugieren que esta opinión no estaba plenamente arraigada.

#### *1988-1995. La radicalización del nacionalismo moderado*

En 1987-88 el PNV llegó al mayor repudio del nacionalismo radical, con su concreción política en el Pacto de Ajuria Enea. Paradójicamente, fue el punto de partida de una nueva etapa, en el sentido contrario. Desde entonces las distancias entre nacionalismo moderado y radical se fueron atenuando. En parte, el proceso concluyó en 1995, cuando el PNV esbozó una nueva actitud política. Seguían las diferencias ideológicas, pero quedaba asentado que ambos nacionalismos formaban parte de la misma comunidad y tenían el mismo adversario, aunque disparejan de la manera con que se le enfrentaban. Además, hacía propias algunas propuestas radicales, como la negociación política, rechazada los años anteriores. Hasta 1998 subsistió la coalición PNV-PSE, pero estaba ya elaborada la estructura conceptual soberanista.

La expresión pública de esta evolución no fue lineal, pero resulta incuestionable. Los planteamientos de 1995 se asemejaban a los de la transición, pero rompían con principios defendidos durante los años ochenta. Hubo un camino de ida y vuelta, de moderación y radicalización. Por ejemplo, en 1988 el PNV identificaba la paz con “el cese de la violencia como modo de consecución de fines políticos”, es decir, con el fin del terrorismo. En 1995 lo equiparaba a la superación del conflicto. El concepto había cambiado.



En 1988 las distancias entre PNV y nacionalismo radical eran mayores que nunca. “Les hemos hecho demasiado caso”<sup>39</sup>. Repudiaba su prédica revolucionaria, su agresividad, su intento de hegemonizar el nacionalismo y los comportamientos antidemocráticos, además de su concepto de autodeterminación...

Si se refería a la izquierda abertzale como parte de su ámbito, no sugería ningún trato especial. ETA es “lo peor que ha pasado en el nacionalismo”, afirmaba el PNV: por su estalinismo y por romper con el histórico pacifismo vasco. En el MLNV había nacionalistas pero a su orientación le negaba tal cualidad. “Los nacionalistas de buena fe” deberían abandonar “los delirios” políticos.

Entre 1988 y 1995 pasó del repudio a su aceptación como miembros de la misma comunidad nacional, bien que expresando rechazos políticos. El cambio coincidió con las primeras críticas del PNV al desarrollo del Estatuto. La aproximación a la izquierda abertzale pudo ser una táctica para una eventual ruptura del consenso estatutario, pero fue fruto de la evolución interna del PNV. Implicó un desplazamiento argumental hacia las posiciones radicales.

Cabe distinguir tres momentos en esta evolución. Entre 1988 y 1991 se mantuvo, con matices, el rechazo al nacionalismo radical. De 1992 a 1994 la cuestión desapareció prácticamente de los comunicados; tuvo más peso la formulación ideológica. En 1995 inopinadamente retornó la cuestión y lo hizo con estructuras argumentales muy distintas <sup>40</sup>a las de 1988-1991.

Entre 1988 y 1991 el discurso del PNV mencionaba a ETA/HB como el movimiento antagónico, del PNV y de Euskadi. Hubo algunas novedades: escasearon las alusiones a la violencia social y a las coacciones sobre la vida económica, antes habituales; los principales comunicados no aluden a sus efectos concretos (el asesinato, las bombas, la extorsión) ni a las víctimas del terror. Pero esta abstracción no cambió el esquema básico: la violencia perjudica a la sociedad vasca y resulta inadmisiblemente ética y políticamente. Apenas usó el término terrorismo, pero casi no se encuentra en estos años la expresión “lucha armada”. El EBB la utilizó en su comunicado del Aberri Eguna de 1989 y el término no reapareció hasta 1995, excepto en 1991, para caricaturizarla como propia del nacionalismo radical. Tampoco hubo estos años explicaciones históricas comprensivas.

El PNV usó además otros argumentos. Acusaba al nacionalismo radical de defender una ideología marxista-leninista, tachada a veces de estalinismo. La crítica

<sup>39</sup> EBB del PNV: *Manifiesto de Aberri Eguna*, 1988. La crítica era rotunda: “Exclusivizan todo, se apropian de todo. Todo lo politizan en su exclusivo provecho. Destruyen cualquier iniciativa que no parta de su mundo. Nos quieren asignar el papel de coriferos, de pedisequos del Diktat de la “vanguardia” liberadora del pueblo, a la espera del gran día de la libertad total que ha de venir de su mano como un “deus ex machina”.

<sup>40</sup> Vid. MONTERO, M.: *Los conceptos del soberanismo. Planteamientos doctrinales del nacionalismo vasco, 1977-2009*, Ciudadanía y Libertad, Vitoria, 2009.

al MLNV por sus intenciones revolucionarias fue constante<sup>41</sup>. La meta de KAS “es una Euskadi soberana –meta que compartimos-, pero también una estructura político-social de modelo marxista-leninista”<sup>42</sup>, el que estaba “cayendo” en la Europa del Este. ETA era “lo peor que había pasado en el nacionalismo”, por truncar su trayectoria pacífica y por introducir el marxismo-leninismo, incompatible con el nacionalismo. Si el MLNV reivindicaba la autodeterminación, no la usaba en un sentido nacionalista, sino marxista-leninista: no para reconquistar la soberanía, sino como “instrumento de la lucha de clases para destruir el Estado burgués”.

El PNV advertía a las bases que el MLNV tenía componentes ajenos al nacionalismo. Quería cambiar el modelo social, sin respetar los cauces democráticos. Lo demostraba un hecho, que consideraba lacerante: la oposición a la autopista de Leizarán (y a otras grandes infraestructuras, como la “Y griega” para el tren de alta velocidad o el puerto exterior de Bilbao). Según el PNV, no estaban en juego sólo tales obras, sino el propio modelo político: defendía la democracia institucional frente a esa “democracia popular”<sup>43</sup>.

Pero el PNV retomaba la idea de que la izquierda aberzale formaba parte de la misma comunidad, pese a las diferencias. Desde este punto de vista, hubo de explicar su oposición a la autodeterminación, sobre la que HB/ETA centraba sus campañas. Lo hizo defendiendo el pragmatismo. Frente al “maximalismo” expuso su vía, que llamó “gradualismo”: lograr el máximo poder para el pueblo vasco en cada momento. Lo justificaba no sólo por la oposición del poder central, sino porque entendía que Euskadi había de construirse entre todos, incluyendo a quienes no eran nacionalistas, por lo que no valían las posturas del todo o nada.

Por entonces identificaba la paz con el final del terrorismo. “El cese de la violencia como medio de consecución de fines políticos”, “es decir, la paz” era la cuestión crucial. “Paz ahora y para siempre” fue el lema de la manifestación que

<sup>41</sup> Sobre la persistente influencia del revolucionarismo en el nacionalismo radical, BULLAÍN LÓPEZ, I.: *Revolucionarios patriótico: el Movimiento de Liberación Nacional Vasco (MLNV). Origen, ideología, estrategia y organización*, ed. Tecnos, Madrid, 2011. “No debería perderse de vista que el enemigo de la Euskal Herria mlnviana no es sólo el Estado español, en tanto que representante de lo español y del Estado capitalista y parlamentario, sino que también es su enemigo lo vasco en la medida en que se muestre hostil al proyecto del revolucionarismo patriótico”, p. 37.

<sup>42</sup> EBB del PNV: *Declaración del Aberri Eguna*, 1990.

<sup>43</sup> Como ejemplo del “claro prosovietismo en todas sus tomas de posición, hasta anteponerlo al interés de Euzkadi” exponía el “posicionamiento anti-autovía Iruña-Donosti. Tras el aparente apoyo a la reivindicación ecologista sobre el valle de Leizarán, la motivación real de la oposición sangrienta a la construcción de la autovía misma [...] está en la interpretación, aparecida hace ya tiempo en publicaciones de KAS, sobre la motivación militarista de la construcción de la autovía. Y no sólo de ella, sino del deseado ferrocarril de ancho europeo que sirva de rápida conexión con Europa y aun de la construcción del gran puerto exterior de Bilbao”. EBB del PNV: *Manifiesto de Aberri Eguna*, 1991. El PNV tachaba de pueriles las afirmaciones según las cuáles respondían a intereses de la OTAN.

convocó el Gobierno vasco en marzo de 1988. “Por la paz. Por la negociación” fue el de la que celebró en enero HB, que llamó “eufemismo de paz” a la que reivindicaba el bloque democrático, al tiempo que convocaba una “marcha de la autodeterminación”. Paz como fin del terrorismo frente a quienes la identificaban con negociación política: así quedaron definidas las posiciones. El PNV presentaba otra diferencia con ETA/HB. Temía que las conversaciones de Argel desembocasen en una negociación, de la que se vería ausente; y que ETA subsistiera después como garante de lo que se acordase.

Entre 1992 y 1995 escasearon las alusiones al nacionalismo radical, en unos años que el PNV dedicó a la reflexión ideológica. Dejaba claro, sin embargo, que formaban parte del mismo pueblo vasco. También repetía el rechazo de la violencia, por sí y por desvirtuar la imagen de los vascos: “hizo que se identificara el vasco con el odio”. En ese binomio (repudio de la violencia-repudio de los efectos de la violencia) irá teniendo más peso lo segundo. Pero las tensiones internas parecían diluirse en un discurso que hablaba de los valores vascos.

### *El fin de las disensiones. La reunión radical del pueblo vasco nacionalista. 1995-1998*

Bruscamente, en 1995 el PNV rompió con la moderación, actualizando los planteamientos identitarios de la transición.

Perdieron peso los rechazos genéricos al nacionalismo radical, que quedaron focalizados en ETA. El repudio era taxativo, pero reaparecían las alusiones históricas explicativas. Rechazaba el “esquema leninista de Frente de Liberación Revolucionaria” pero el PNV entendía ahora que ETA respondía a “la línea de aquel nacionalismo” que “consideran legítimo el recurso a la fuerza”. El nuevo esquema interpretativo no eliminó las críticas del PNV a la violencia, a los prejuicios socio-económicos que causaba y al maximalismo por el que “no conceden a su pueblo el derecho a elegir su camino”. Era la vertiente violenta del nacionalismo, pero el PNV aseguraba que en ETA difícilmente se localizaban señas nacionalistas y que desprestigiaba al nacionalismo y al pueblo vasco, por identificársele “con la bomba ciega y con el tiro en la nuca”.

“Pero son vascos y están entre nosotros, aunque no compartamos sus puntos de vista y rechazamos su práctica sangrienta”<sup>44</sup>. De la pertenencia a la misma comunidad el PNV hacía derivar una obligación política: buscar la paz mediante “vías justas” hasta dar con una solución “la más humana posible”. Formulaba un nuevo compromiso, argumentalmente no para evitar más víctimas sino por la cercanía *nacional* de quienes practicaban la lucha armada, concepto que volvía a usar, al tiempo que desaparecían los sintagmas asociados a terror.

<sup>44</sup> PNV: *Ponencia política. II Asamblea General*, diciembre 1995, p. 35.

La nueva Ponencia Política del PNV manifestaba la proximidad a ETA como integrante del mismo pueblo y no mencionaba la presión violenta de su entorno. La radicalización se apreciaba en el Aberri Eguna de ese año.

“Y lo que es peor, la polarización de la represión en Euzkadi [...] causó, como reacción, la aparición de la contraviolencia”. Retornaba el esquema que culpaba al franquismo de la aparición de ETA, que no la exculpaba pero otorgaba un marco comprensivo. Y aparecía una afirmación novedosa en el PNV. Rechazaba a ETA, pero “negar la intencionalidad política como razón del nacimiento de la organización ETA o es una muestra de supina ignorancia política o un claro ejemplo de cinismo”. Tal origen de ETA no solía discutirse, por lo que las connotaciones de la expresión rebasaban su literalidad. Le otorgaban un carácter político. En el contexto argumental sugería la necesidad de una solución política: la paz ya no era el mero final del terrorismo.

Su radicalización aproximaba al PNV a postulados de la izquierda abertzale. Criticaba globalmente la transición -“no hubo ruptura democrática”-, presentada ahora como un “maquillaje jurídico”<sup>45</sup>, de lo que se deducía que no había cambios sustanciales respecto a la dictadura. Las reticencias a la Constitución cuestionaban la democracia al sugerir supervivencias del Estado franquista, tan sólo maquillado.

Eso sí, el PNV mantenía las distancias respecto al MLNV. “Hoy la autodenominada izquierda abertzale nos llama españoles o simples regionalistas”, se quejaba, y aseguraba que quienes la controlaban “pertenecen a posiciones antisistema y revolucionarias”. “La lucha armada de ETA, [ha]... llegado ya a la caricatura de lucha armada”: el rechazo conllevaba la idealización de una *auténtica* lucha armada, no legítima pero digna de alguna consideración.

El PNV asumía la negociación como vía para acabar con la violencia. Ocupó un lugar preferente en los discursos del Aberri Eguna del 95, aunque no figuraba en el manifiesto del EBB. Una delegación del PNV había visitado días antes Irlanda del Norte “para informarse del proceso abierto tras la tregua decretada por el IRA”<sup>46</sup>. El PNV incorporaba conceptos radicales, cuando hablaba de “escenarios de paz” o acusaba al PP y PSOE de “inmovilistas”.

En 1995 se detecta una postura que después sería característica. El PNV comenzaba a presentar sus posiciones como intermedias entre el radicalismo de

<sup>45</sup> EBB del PNV: *Declaración del Aberri Eguna*, 1995. “A través de una operación de maquillaje jurídico, con la complicidad exterior y desde la docilidad de la mayoría del estamento franquista, el Estado cambió de chaqueta”. “Ni «ruptura», ni «ruptura escalonada», ni «ruptura pactada». Se consagró el término «transición». En este discurso “transición” tiene connotaciones negativas. La valoración prescindía de los resultados del proceso, la democracia, y lo juzgaba negativamente por los procedimientos que siguió, en los que no hubo liquidación del régimen dictatorial, sólo desmantelamiento.

<sup>46</sup> ABC, 16-IV-1995.

ETA/KAS y la cerrazón de PSOE-PP<sup>47</sup>. El nacionalismo moderado constituía un cauce central entre dos que se atacaban. Lo recogían algunos titulares de prensa al resumir el Aberri Eguna: “el PNV compara al PP y al PSOE con KAS”. Tal centralidad no impedía que compartiese la idea de HB de que “al PP y al PSOE les asusta que se camine hacia la paz”. Quedaba olvidado que venían compartiendo la estrategia y tenían un pacto al respecto.

En 1998 parte de la opinión pública recibió con sorpresa el acuerdo de Lizarra entre los distintos grupos nacionalistas, sobre todo por el compromiso que alcanzó el nacionalismo moderado. Sin embargo, el frente nacionalista y la ruptura con los constitucionalistas estaban implícitos en las posiciones del PNV de los tres años anteriores.

Fueron abriéndose pasos tres ideas, novedosas en los planteamientos del PNV, que cambiaban su estrategia en un sentido radical: el incumplimiento estatal del Estatuto; la autodeterminación como meta; y la negociación política para acabar con la violencia.

A la defensa de la autodeterminación por parte de KAS había opuesto la construcción paulatina del autogobierno. Sin solución de continuidad ni argumentar el cambio –incluso como si no se hubiese producido– la autodeterminación comenzó a exponerse como el eje de la reivindicación nacionalista. Ocasionalmente el PNV había mencionado el diálogo y la negociación –estrategia de origen radical– como posibles vías para la solución del terrorismo. A partir de 1995 los incorporaba a su estrategia. Lo hacía desde la condena a la violencia, pero el esbozo de la nueva estrategia lo acercaba a las posturas históricas de ETA/HB.

El PNV optó por buscar un marco jurídico que superase el Estatuto y entendió que unas negociaciones enmarcadas en el final de la violencia podían ser una vía para lograrlas. La negociación tendría así un carácter instrumental, para lograr cambios políticos. La nueva postura exigió cambiar la imagen de ETA que proporcionaba el PNV. Durante los 18 años anteriores había insistido en su faceta revolucionaria. La cuestión desapareció del argumentario. Se difundió la imagen de que ETA defendía reivindicaciones nacionalistas y no otras.

Hubo una nueva postura ante el terrorismo. “Nosotros, nacionalistas vascos, rechazamos con todas nuestras energías la violencia”: el repudio no era novedad, pero si antes seguía la exigencia la desaparición de ETA, ahora servía para urgir a acabar con “este conflicto” mediante “el dialogo”.

<sup>47</sup> “Son oposición y poder, poder y oposición utilizando uno contra otro medios inhumanos y degradantes”: la anotación desplaza la cuestión de la violencia a una especie de enfrentamiento entre extremos que se agraden ante sí, quedando la sociedad vasca al margen. EBB del PNV: *Declaración del Aberri Eguna*, 1995.

De momento no se concretaban en medidas de actuación -las formas moderadas fueron compatibles con la radicalización doctrinal-, pero habían cambiado los esquemas del PNV. Los años siguientes ahondó en las nuevas posiciones, en torno a la autodeterminación y la negociación. “No hay solución policial” para la violencia, se repetía. “De ambigüedad nada. Siempre condenamos la violencia”, pero “todo el mundo a la hora de la verdad te dice que no basta con la solución policial [...], incluso hasta la propia policía”, “hemos visto ejemplos, hemos visto lo que ha pasado en Irlanda, lo que ha pasado en Palestina, y, claro, son situaciones mucho más duras que la nuestra”<sup>48</sup>. La propuesta se justificaba con ejemplos y opiniones externas, que compartiría el PNV.

El PNV consideraba que el nacionalismo vivía un espléndido momento para afrontar esta estrategia, por la extensión de la identidad cultural y la fuerza social e institucional que había alcanzado.

A sus condenas de la violencia, por perjudicar a la sociedad vasca, acompañó en la nueva coyuntura una novedad: llamaba a ETA y al MLNV a abandonar tales actuaciones y a construir colectivamente la nación vasca. “Es absolutamente necesario que todos los que hablamos de una misma Patria vasca, tomemos en serio su suerte”.

El programa del PNV se había desplazado hacia el propósito de liderar el nacionalismo con una propuesta común. Lo justificaba por la coyuntura internacional. “Construir Euzkadi. Es el momento. Toda una lista de pequeños Estados entrarán pronto en la Unión Europea. Cinco o seis de ellos más pequeños que nosotros. Y mucho más pobres. Se abre un nuevo campo de juego”. Seguía su tensión con la izquierda abertzale, pero ya no era un mundo distinto. La llamaba a un proyecto común en torno a la autodeterminación, que había sido la bandera de sus antagonistas y no la del PNV. “Todo el que quiera colaborar tienen nuestras puertas abiertas”.

Las dos vertientes compartían ahora el mismo lado de la divisoria. El nacionalismo constituía “la expresión del contencioso vasco”. El PNV era su “auténtico protagonista” y ETA “una expresión violenta”. Se marcaban las distancias, pero el tono explicativo se alejaba del repudio taxativo. Tal “expresión violenta”, se aducía, “ha adoptado las técnicas modernas de lucha de minorías denominadas como terrorismo”.

En 1996 la autodeterminación pasó al primer plano de las propuestas del PNV. En 1997 lo haría la negociación como mecanismo de cambio político.

El Plan Ardanza, de “pacificación y normalización”, se enmarcó en este proceso. La negociación la justificaba el terrorismo, pero su diseño se ajustaba más a criterios soberanistas que a la relación entre medidas políticas y fin de la violencia.

<sup>48</sup> *Discurso de Arzalluz en la II Asamblea general, diciembre 1995.*

Subyacía un imaginario: ETA había tenido como fin avanzar en un autogobierno más allá del Estatuto y le satisfaría un acuerdo en este sentido entre las fuerzas democráticas. Nada incluía el Plan que lo explicase, aunque un acuerdo de este tipo coincidía con las expectativas políticas del PNV. Podría entenderse que respondía así a la presión terrorista, pero también que concibió la negociación como un procedimiento para un progreso nacionalista.

No era necesariamente oportunismo. Encajaba con su idea de que el desarrollo nacionalista de Euskadi equivalía a la normalización y eliminaba las razones de la “lucha armada”. Eso sí, subyacía una concepción voluntarista: los partidos –menos el nacionalismo, sino para limitarse– habrían de actuar no en función de su ideario sino de lo que contentase a ETA.

Las fricciones entre nacionalismo radical y moderado se habían diluido, pese a las evidentes dificultades de esta relación –lo que se ha llamado imposibilidad<sup>49</sup>–, por el deseo radical de saltarse los cauces democráticos. Las condenas desembocaban en un proyecto de cambios que, en tal supuesto, contentarían a toda la familia nacionalista y que sería posible por la amenaza violenta.

El Plan Ardanza, publicado en marzo de 1998, tuvo una vida efímera y quizás no constituyó un proyecto del partido. A fines de agosto el PNV llegó a un acuerdo con ETA y EA, que se incubó durante varios meses. Abrió el periodo soberanista. Su inmediata secuela, sin duda prevista cuando se firmó, fue en septiembre el pacto de Lizarra, entre los distintos partidos y agrupaciones nacionalistas.

Estos acuerdos terminaron con las percepciones de dos nacionalismos profundamente divididos. El PNV diluía una estrategia propia. Sin una rectificación expresa de las críticas a la izquierda abertzale y a ETA podía la imagen de que los nacionalistas compartían ideario y objetivos.

Los nuevos posicionamientos no conllevaban ningún rechazo explícito de la violencia –aunque sí el compromiso de una tregua de ETA–, contra lo habitual en los manifiestos del PNV. Tampoco una revisión ideológica referida a las posiciones antisistema de la izquierda abertzale. Las sustituían reivindicaciones de raigambre radical –implícitas en los planteamientos doctrinales del PNV, no las había utilizado en años–, convertidas en el paradigma y explicados como reivindicaciones históricas.

Un concepto se convertiría en central: “el conflicto (de Euskal Herria) con España”. Estaba en las concepciones del PNV, pero en desuso desde la transición, y planteaba “la problemática empresa de negar legitimidad a la violencia desde la aserción del *conflicto* vasco”<sup>50</sup>. Adoptaba las formulaciones de la izquierda abertzale

<sup>49</sup> MORÁN BLANCO, S.: *PNV-ETA: historia de una relación imposible*, Tecnos, Madrid, 2004.

<sup>50</sup> ALONSO ZARZA, M.: *¿Sifones o vasos comunicantes?* Cuadernos Bakeaz 80. Centro de documentación y estudios para la paz, 2007.

le, al margen de que la radicalización arrancara de su evolución interna. Así, planteaba “la creación de una institución única y soberana” para Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Navarra y el País Vasco francés. Las contadas veces en las que el PNV aludía a tal unidad territorial, había figurado como un desideratum, no como un objetivo inmediato. El gradualismo se mutaba en objetivos maximalistas.

El pacto de Lizarra, firmado por muy diversas organizaciones políticas, sindicales y sociales, era un acuerdo entre nacionalistas, cuyas diferencias se diluían. El PNV aceptaba en pie de igualdad a numerosos grupos vinculados al nacionalismo radical. Cambiaba de raíz la estrategia que seguía desde la transición y la vinculaba a un acuerdo sin objetivos jerarquizados ni mecanismos de decisión articulados que tuviesen en cuenta el distinto peso de unos y otros.

El compromiso subordinaba todas las acciones a la reclamación soberanista. Su definición provenía del nacionalismo radical, al sentar que “el contencioso vasco es un conflicto histórico de naturaleza política en el que se ven implicados el Estado español y el Estado francés”. El problema se planteaba como un antagonismo de soberanías, prescindiendo de la existencia en la sociedad vasca de sectores que no compartían tal sensibilidad nacional.

Se pactaba la definición del conflicto (y sus puntos claves: territorialidad y sujeto de decisión) y el mecanismo para resolverlo. No se realizaría a partir de los órganos democráticos, sino “a través de un proceso de diálogo y negociación”. Se llevaría a cabo en “condiciones de ausencia permanente de todas las expresiones de violencia del conflicto”, pero no mencionaba al terrorismo y a ETA y los subsumía en una suerte de violencia generalizada, de la que una parte la ejercería el Estado. La resolución del conflicto se confiaba a la negociación, cuyo resultado, prefijado, sería el ejercicio de la soberanía: “Euskal Herria debe tener la palabra y la decisión”. Realizada al margen de la representatividad y de los cauces establecidos, identificaba profundización democrática con la autodeterminación.

Habían desaparecido las distancias entre nacionalismo radical y moderado. Este acercamiento se había producido en torno a los conceptos y tácticas de la izquierda abertzale, excepción hecha de la utilización de la violencia. En estos términos se abría una etapa cuyo punto de partida era la unión nacionalista basada en los postulados radicales.

### *Moderación y radicalidad: las tensiones internas del pueblo vasco nacionalista*

Entre 1977 y 1998 la relación entre el nacionalismo moderado y el radical pasó por distintas fases. Durante la transición el PNV repudió las expresiones de la izquierda abertzale, pero entendiendo que formaban parte de la misma familia política, lo que genéricamente denominaba el pueblo vasco. Entre 1980 y 1988, por contra, la escisión fue completa, sin concesiones por el carácter nacionalista de sus antagonistas. Desde 1988 las repulsas se fueron suavizando. El PNV elabo-



ró un nuevo esquema interpretativo, obvio a partir de 1992 y expreso a la altura de 1995, que, aún marcando distancias, retomaba la idea de la unidad de intereses nacionales. La nueva estructura conceptual, de índole radical, fue el punto de partida de la aproximación política de las distintas vertientes del nacionalismo que se produjo en 1998.

Esta evolución puede entenderse como fruto de los vaivenes del PNV entre la moderación y la ortodoxia. Sin embargo, sigue una nítida línea, que resulta comprensible desde sus posiciones y objetivos ideológicos. A tenor de su documentación, en la transición y los primeros años de la autonomía se adaptó a las circunstancias políticas. La necesidad de lograr la autonomía y un “poder político propio” -en peligro por el embate del terrorismo y del radicalismo antisistema- explicaría sus reticencias ante el nacionalismo radical entre 1977 y 1980. El objetivo político de los siguientes, la construcción nacionalista de la autonomía -cuyos mayores ataques los recibía de la izquierda abertzale- llevó al pleno repudio que expresó los siguientes años. En la siguiente década el nacionalismo moderado entendió que llegaba el momento de superar el autogobierno estatutario. De ahí su radicalización a partir de comienzos de los años noventa, que relajaría las tensiones entre las dos vertientes del nacionalismo y llevaría a su confluencia política en 1998.

Esta se llevó a cabo sobre conceptos elaborados por la izquierda abertzale, que encajaban con la ortodoxia nacionalista, pero que no se habían desarrollado desde el sector moderado: tal carácter tuvieron conflicto político, territorialidad, autodeterminación o diálogo y negociación, en la forma en que se expresaban durante los años noventa. Cuando concluyó la radicalización del PNV, entendible desde su dinámica política, no llevó a cabo una formulación propia sino que adoptó los que usaba la izquierda nacionalista, incluso cuando la había criticado o rechazado años atrás.